El humo ceniciento

Manuel Tejedor Rábano

El humo ceniciento

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, julio de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-80-6
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-16858-2024

Una guerra civil en el cielo

Viniste a golpear el pomo de la puerta de los cielos,
mas el alma que habitaba vuestro cuerpo era puro infierno.
Cobijo, pan y paz os dimos,
mas la libertad de que vinisteis os espantó y la vomitasteis.

No lloraban vuestros ojos, porque desterrasteis la sal del mundo,
raptasteis, en una noche eterna de odio, la sal de vuestras lágrimas.
¡Qué gran hueco es vuestro corazón despavorido!
Hacéis el mal como quien pasea niños de viento, cogidos de la mano.

Os enamoráis, amáis a vuestros hijos,
pero ahí acaba vuestro mundo.
Convenceríais al mismo Dios de vuestra violencia,
si no os rebelarais contra Él.

Os colocarán otros el letrero que ya lleváis de divinidad,
justificaréis el crimen de la inocencia por el interés de la perversidad,
pero sabed, hijos, de los mundos perpendiculares a la bondad,
que la verdad es espíritu que habita los paredones y cementerios que
[pobláis.

Los cielos no dejarán más de enrojecer vergonzosos y ensangrentados,
por la culpa de vuestros atardeceres lívidos, nostálgicos y vanos.
No dejarán más los pensamientos de los crisantemos
de perfumar con sangre el aire de la libertad que sopla.
En efecto, sois dioses de los hombres.

Llamasteis golpeando tres veces de renuncia las puertas del cielo
y os abrieron.
Llamasteis golpeando con vuestras armas y vuestras palabras como
[escupitajo
y con ellas pasasteis el umbral.

La mariposa dejó pasar la tela de araña,
la peor de todas,
para que el cinismo calase
en los huesos de los santos,
la hipocresía en los ángeles.

La traición hirió, como siempre, el pecho que escogisteis,
lo más hiriente para el más inocente.
Traéis el cromosoma de la guerra civil
en vuestra irónica sonrisa.

Ningún beso de amor podéis dar,
sino traición y muerte por vuestros labios,
donde la palabra se pudre en hemorrágicas mentiras,
estertores de odio preparan una guerra civil de ángeles y santos.

Pero, cuando triunféis, no seréis Dios, sino demonio,
por más que os bauticéis con santos nombres.
Inmersión en el caudaloso río de la sangre derramada y vertida,
os falta tanto amor… os sobra tanto odio.

Lleváis las cruces en las empuñaduras de las armas,
mas cruzados sois contra la voluntad de la cruz,
ya que la soledad triste en que sumís al hombre no es divina.
El dios que proclamáis no existe,
se suicidó, si tuvo tales hijos.

Si es eterno, huye cada vez más en el universo
esparcido para no veros.
Solo una ingente masa de ternura podía haber hecho que viniera.
Sois dioses, si podéis matar a los dioses, mas no buenos hombres.

No veréis en toda vuestra vida la poesía del mundo por doquier.
El sueño que todos estábamos intentando levantar
cayó ante vuestra insaciable realidad,
mas sabed que la vida era el sueño mortal que nos arrebatasteis.

Lo vuestro es la invasión de la muerte que nos habita,
quizás hubo alguna vez el milagro de la vida,
pero matasteis a los payasos, os asustaban sus risas.
Las razones que expusisteis la aherrojó en sus precipicios.

Enviasteis a todos a los infiernos, para pasear bajo palio,
para pasar bajo palio a los cielos,
pero allí no hay sombreros ni sagrados techos.
Buscamos todos por los suelos algún rastro de sendero.

Tu victoria es la del que derrota y nunca vence ni convence,
eternamente la obtendrás y cada vez en tu paseo triunfal.
Por la desesperación y el odio la necesitarás más,
como si luchases contra el cromosoma que te falta con el que te sobra.

Anhelas algo
que nunca ninguno de tus dioses te dará,
ni tú mismo, aunque dios seas
cual la belleza física, aún más, cual la belleza moral.

Avenida de los pobres

La avenida de los pobres es un río que no desemboca
en una plaza, que es el mar de las miserias humanas.
La dura mirada de acantilado calla lo que insinúan los labios,
resentimiento de la mujer esquina por malvender su exquisito cuerpo.

Un almizcle de olores pobres perfuma de hambre el ambiente,
cada cara es un espejo, un cielo, un infierno, no hay limbos,
mundos perdidos, arrogantes, necios, malvados, mundos de artimañas.
La belleza, que no encuentra cuerpos, no encuentra almas,
siempre hay alguien tan benévolo…

La magia, de repente, aparece sobre el cuerpo de una mujer esquina,
sabe mirar, comprender, abrazar con su cálida mirada
mientras sus lánguidos brazos vacíos no hacen nada.
Te mira como si quisiera enseñarte, al otro lado de su esquina,
su paraíso.

Avanzan sobre sus carnes maceradas de ribera, pero siempre frescas,
los fracasos como fantasmas sumidos por sus carnes
a pescar los peces aleteantes de sus delirantes muslos.
El horror de la rata, la miseria del topo
encontraron el paraíso húmedo y caliente.

Dejémosla terminar el jersey de punto que teje mientras espera
que, aun mal terminado, lo etiquete cosiéndole el Corte Inglés.
Mendigos obscenos muestran sus heridas impúdicas,
listas como el hambre, saben la hora de llagarse.
Mientras el reloj de las dos da la hora de comer,
suena como música de cuerda y viento por las tripas
o ventosean.
Cada cara es tan diferente y la miseria tan igual.

Unos venden el alma, otros el cuerpo, aquel es un santo,
se te clava la pobreza con lo que tenga a mano,
como si quisiera profundizar en las almas
después de descuartizar los cuerpos.

Bajo los soportales de las casas encumbradas de los ricos comerciantes
la falta de dinero de los deambulantes hace que este tenga
su más alto valor y significado.
Los niños callejeros, vestidos de viejo, parece como si no sufriesen,
porque no lloran.

Un puñado de calderilla vale más que la vida de otro
para un navajero.
Compró aquí el cuerpo de la bella con joyas que no valen su cuerpo
ni sienten su piel fina sobre sus redondas aristas pulidas.

Vendo aquí el vicio que me repugna, para que los viciosos no se repugnen,
billetes de papel imantados vuelan magnéticos
desde unas manos vacías hacia unas llenas.
El dinero sobado huele a sebo, sudor, mugre.

Perfuma los tersos senos de la diosa del amor tan diferente,
mas cuando uno lo retira, besa la piel que lo tocó.
Todos los olores de su cuerpo embriagador furtivos aparecen.
¡Cuánta aritmética intuida saben los ciegos!
Vendedores tan pobres que venden y regalan lo que no llevan.
¡Cuánto desquite en cada sonrisa, carcajada, repentino llanto!
Aun en el silencio y en la burla
pasean los viejos que saben que sin muerte
no podrán retirarse sus prisas.

Pasean sus carnes las damas tiernas
de las auroras, de los atardeceres,
sonrosadas con la carne que ceden, pero a la cual nunca llegas.
Pasean sus crímenes los asesinos no perseguibles por las calles y las
[gentes.

Todas las caras son diferentes en esta avenida de gente
despreciable, tierna, ausente, engañosa, cautiva.
La belleza aposenta bajo la piel de madriguera su carne,
porque hasta lo mísero por ser humano, lo monstruoso y deforme
encierra la más enternecedora y arrogante belleza.

El capitán

No fue así que las camisas de las heridas fueron banderas carmesí,
no fue de esa guisa que los laureles crecieron en los árboles por doquier,
no fue que valió cualquiera los pechos que sirvieron de tumba a los
[compañeros,
no fue así el modo en que tantos soldados ganaron la gloria que da
[una victoria.

Fueron los sudores fríos del miedo que atenazaron los pasos de
[marcha,
las voces de la carne que nos devoraron las que nos impidieron huir.
Las mentiras con que nos bautizaron antes de partir,
para que ya ni las lanzas ni el sacrificio de la vida del enemigo pudiera
[herirnos.

Vamos a buscar sueños y para ello vertemos el cáliz de la sangre,
afrodisíacos que vitalicen la impotencia de nuestros jefes.
Oro amarillo, negro, pálido de muerto, para las arcas vacías
de los deseos corruptos, pero siempre ensangrentado y reluciente.

Nuestra gloria no va más allá del desconcierto de los gobiernos.
Lo malo del soldado es el túnel sutil, sin retorno, de quien solo sabe luchar,
el retroceso que le hace avanzar a ciegas con sus armas afiladas y
[penetrantes,
el retroceso del fusil disparado a la cara del enemigo para no verle
el rostro, las ideas, los sentimientos.

No intuir, como el poeta, nada sobre la vida
ni sobre alguna batalla ganada a través de la muerte.
Vamos a la deriva como barcos abandonados por tripulaciones lascivas,
barcos de ratas de peste medieval y picaduras de mosquito tropical.

Tripulaciones que vieron emerger sirenas marinas por los pechos.
Todo lo que logremos por estas hazañas se escapará a buscar libertad
entre las tesituras de los dedos de nuestras manos.
Tripulaciones que vieron emerger de los fondos marinos pechos de sirena.

Ruletas rusas, cuchillos afilados descargando su corte
sobre los huecos de los dedos de las manos.
La madera donde se clavan es carne,
pero esta madera es para ser clavada por clavos.

Vino derramado sobre la mesa de madera convertido en sangre,
picada ya la madera, picada ya el alma,
acuchillada la viruela sobre la cara.

La última batalla de todas las guerras

Las raíces crecen abajo, pero creen hacia arriba,
los árboles mueren de pie, nacen enterrados.
Las hojas caducas agonizan sobre la tierra,
cementerio agónico de las vidas verdes, rojas.

El cielo es madre y muerte.
Sales minerales inundan mis arrasados párpados
por tanta alegría o por tanta tristeza.
Una mota nuclear estalló sobre los hombros de los hombres.

Las faldas de las mujeres no volaron
al danzar el baile de los malditos.
Un polvo blanco de huesos nos empolvó las mejillas
y no sabíamos si reír a carcajadas o llorar para ahogarnos.

Como quien se viste de blanco para acostarse y morir,
los niños agarraron los deberes de ese día
con la punta de los dedos,
con los dientes atraparon números y sumaron.

Soñaron con el último juguete y, nostálgicos,
añoraron el último beso no dado por prematuro.
La última batalla de todas las guerras fue en paz,
con inestabilidad de mancos, cojos, ciegos, enfermos de gracia.

Una raza de zombis cruza el horizonte y parecen bellos,
pálidos, nos hemos convertido todos en el enemigo.
Nos convertimos en un día denso en otras muertes y otras vidas,
hemos sido las diosas de la muerte que se inmolan.

Ellos mismos en el Calvario, en la Vía Crucis,
fueron Jesús y Dios,
muertos nos conducen a otros mundos.
A este lo dimos por perdido,
sin luchar, pensamos que así vencíamos.

La ciudad perdida I

La ciudad perdida con sus fantasmas de hombres perdidos,
las palomas llevan plumas rojas y sangre blanca,
las estatuas de mármol pálido y bronce dorado,
siempre los bárbaros arrasaron el esplendor de los hados.

Mi imaginación por las calles llenas de tierra,
sonríe un niño y escucho su último lamento.
Tantos reyes deben tanto a los tantos que gobernaron
que ningún reinado podrá pagar con su eternidad.

Destruir ciudades, pasar a cuchillo a sus moradores,
esa es la grandeza de todo emperador: ¡Verse rodeado de ruinas!
El poder, ya que su orgullo envanece, es crear un ser,
un dios cruel, soberbio, de carne de tinieblas y sangre de fuego.

Todos los seres humanos no valen su estatua
colocada sobre el mundo, dicen y es cierto, ¡derribémosla!
Aún recuerdo haber vivido el desgarrador grito de la madre,
la última palabra de amor de la amante a la muerte.

Con mis oídos sordos, la tristeza de los niños,
que por morir no podrán jugar,
mas estos sentimientos existen dentro del poder u oficio
de la gloria.

Las ciudades devastadas me vuelven triste, lo reconozco.
Músculos que debieran sonreír sobre mi cara
tensos vibran, suspirando como cuerdas de guitarra,
que, sin lágrimas, sollozan por las puntas de los dedos
que las tocan.

Veo tantas estatuas de reyes
que sobran atardeceres.
Paseando por las calles,
mis zapatos se llenan de cenizas.

Tantos milenios de antigüedad andan
con mis zapatos tan callados.
Toco calaveras por donde resbalaron
las sonrisas de carne, las lágrimas de piel y viento.

Cráneos trepanados, armas ensartando esqueletos,
aun sin tragedia después de milenios, por no creérselo.
El Dorado de la vida fue el precio a pagar,
el auténtico tesoro de todos los implicados.

Cubrían su faz calavérica con tules de grandeza.
El milagro se llevó la tempestad de la muerte, soplando
con su viento.

Pero lo que vivió hace ya milenios no volverá,
por más que los reyes paguen
con sus reinos de eternidad.

¡Sr. Presidente!

Ese presidente tiene un poder mundial e inmoral,
estirado de piel rugosa y áspera como las almas malas,
alimentado con hormonas canosas, devoradoras de sangre,
por esposa fiel y amante una vieja estropajosa, delirante.

¡Ah! Tanto tiempo dejó de tener hijos y amigos de sus hijos,
que aprendió a olvidar a amar a los nietos y amigos de sus nietos.
Ahora, saca a paseo a los más feroces perros de presa,
quiero creer engañoso que ahora es el principio de su odio.

Ahora, no derrama una gota de sangre
ni una gota de lágrima propia por nadie,
derrama ríos de sangre que vierte al mar de los olvidos,
cataratas ciegas de secas lágrimas de otros, para satisfacción propia.

Sr. Presidente, los pueblos de la tierra le esperan,
no quieren verle besar la tierra de sus cementerios,
sino que sea tragado por ella,
fértil madre, purificadora de sus cenizas venenosas.

Las hileras humanas de sufrimiento desfilarán
para ponerle encima una pesada y marmórea losa.
Le verán pasar en féretro las personas de estatuas
como los árboles ven pasar la corriente de los ríos.

¡No tocar, peligro de muerte da usted, radiactivo por el culo!
Cátodo contra el ánodo,
anida este ánade en un nido de ametralladoras.
¡No se levante… no resucite!

Los dioses endiablados yacen y reposan eternamente,
meditando otros pecados.
Tienen la sangre envenenada con hiel
y su fétido aliento no es de viejo.

Es el soplo de la muerte que aletea en su nariz.
El mejor regalo que podrían hacerles es un niño
para poderle dar un tiro entre ceja y ceja a la inocencia.
Ellos no son de fogueo, son escopetazos de mierda.

Sr. Presidente, le condeno por goloso,
por relamerse, empalagoso,
de tanto sabor amargo
de miedo y odio.

El hombre que amó la libertad

He elegido un pueblo que no sabe qué comer
el siguiente día de la cosecha y de la fiesta.
He abandonado las oraciones de cartón de las iglesias
por hablarme y hablar a la intemperie con los demás.

He matado y no me he sentido culpable,
porque los encontré matando sin conciencia.
Soy culpable de que pesase más en mí el inocente que salvé
que el asesino exaltado, gozando con su crimen.

Pero no creáis que por eso la violencia se adueñó de mí,
siempre tuve la esperanza de que el odio acabaría.
Si me he equivocado, en mí el corazón y la conciencia
se han equivocado, pero reclamo el derecho a equivocarme
de corazón y conciencia.

Siempre he herido al que hería con la fe de acabar
cuando llegue la paz a estas civilizaciones indígenas.
El hueco que puedan otorgarme y me haya casi merecido
será un trono desde el cual un hombre se mire a sí mismo.